



Anécdota petrolera

Por *Silvia Montamat*
según anécdota del Ing. Guillermo Patrucchi

Era uno de esos días fríos, pero con un cielo intensamente azul. Miré a lo lejos y como siempre, mi espíritu reverenció la majestuosa belleza del paisaje neuquino: recortando el horizonte, las mesetas dibujaban como lomos de enormes animales dormitando que, desde aquí, se veían de un azul más oscuro pero, de cerca, las capas geológicas mostraban una alucinante paleta de colores.

Bajé de la camioneta 4x4 y mis borceguíes levantaron un poco de esa tierra semidesértica donde nacieron mis hijos... Aunque yo no soy originario de aquí (soy de Buenos Aires) vine al sur siendo muy joven, a trabajar en una petrolera. Construí mi historia y mi familia en el sur. Por eso, creo, sigue sorprendiéndome este paisaje y hoy, un cordón de plata me une a esta tierra, llena de desafíos, de inmensidades solitarias, con lugares que nadie ha pisado todavía...

Golpeé las manos frente al modesto rancho y, mientras esperaba a que me atendieran, hice una vista panorámica del paisaje girando sobre mis pies y vinieron recuerdos a mi memoria de mis primeros destinos en la petrolera, junto a la cordillera, donde éramos un puñado de familias en medio de la inmensidad, cuidándonos unos a otros. Los inviernos eran crueles, con temperaturas de quince a veinte grados bajo cero y con nieves que cubrían las puertas y las ventanas hasta el techo, había que palear la nieve para salir.

Cuando hacíamos las inspecciones de las instalaciones de producción de petróleo en el campo, siempre íbamos de

a dos en las camionetas, pero además, comunicados por radio con el poblado. Llevábamos provisiones y abrigo, porque hasta el combustible se congelaba y, si quedábamos en el camino, la nieve podía cubrir la camioneta y desaparecerla bajo un manto blanco; nosotros tendríamos bajas probabilidades de sobrevivir, ya que nadie podría encontrarnos.

Éramos muy jóvenes... sí. Vino a mi mente el amado rostro de mi mujer, su juventud, el brillo de sus ojos, la calidez de su sonrisa y la suavidad de sus manos, en esa inmensa soledad e imponente paisaje.

Un día, un hijo pequeño mío tuvo un accidente en un ojo y el único médico del lugar se apuró a decirme: "Temo que haya tocado la córnea. Apurate y vamos que necesita un especialista". Salimos a las 6 de la tarde en una camioneta con las ruedas con cadenas. Ya era de noche y una tormenta de nieve bramaba, cuando decidimos ir al pueblo más cercano, a unos doscientos kilómetros, por camino de ripio.

Casi no se veía el camino y la desesperación se multiplicaba cada minuto. Yo me creía agnóstico, pero cuando empecé a temer que podíamos quedarnos en el camino, abrazado a mi hijo dormido, mis labios comenzaron a invocar: "Padre nuestro, que estás en los cielos..."

Mi mujer (con todo el dolor) se tuvo que quedar con mis otros hijos, pero por suerte, al pequeño pudimos hacerlo ver por un especialista y no fue algo grave. Regresamos a las cuatro de la mañana y aunque el camino estaba con mucha nieve, la tormenta había amainado.

¡Pero cuán grande fue mi sorpresa al acercarnos al pequeño poblado y ver a todas las familias esperando en la puerta de mi casa! Se habían quedado acompañando a mi mujer y habían visto las luces de la camioneta al llegar:



hombres, mujeres y niños, todos esperando por nosotros, para saber cómo estaba mi hijo, agitando sus manos, compartiendo nuestra angustia, en medio del frío de ese mes de junio. Lo recuerdo hoy y los ojos se me llenan de lágrimas por la emoción, como en aquel momento. ■

La chancha virtual

Por *Silvia Montamat*
según anécdota del Dr. Roberto “Cachi” Villa

—Oiga, Don— la voz del hombre que salía del rancho me volvió a la realidad.

—Ah, mucho gusto, ¿usted es Juan Sánchez?— le pregunté extendiendo la mano.

—El mismo— me dijo con cara seria y con un escueto apretón de manos—. ¿Usted es de la petrolera?

—Sí, soy Roberto Villa, el responsable del Departamento de Medio Ambiente en esta unidad operativa. Vengo porque usted presentó varias quejas, por eso...

—Ah, sí, fui a la ciudad varias veces. Yo vendo chanchos y cabritos, ¿sabe? De eso vivo. Y la chancha el año pasado tuvo nueve chanchitos, que se ve que tomaron agua de allá del fondo, que pa'mí está contaminada, porque en la arena hay marcas negras... como que el agua vino con petróleo y los chanchitos se me murieron. Ahora no se ve muy bien, por las lluvias, pero pa'mí, el agua está contaminada... Si no, ¿por qué se murieron todos los chanchitos?

—Bueno, pero a usted ya le pagaron por esos chanchos. ¿Ahora le volvió a pasar lo mismo? Porque deberíamos tomar una muestra del agua, entonces.

—Y... sí... —dijo titubeando.

—¿Puedo ir a ver dónde tiene el chiquero y los corrales, Juan, para observar un poco el terreno?— le dije oteando hacia dónde podían estar.

—Y... bueno...— dijo Juan.

Fuimos juntos al chiquero y al corral donde tenía unos pocos animales y, con gestos y detalles, Don Juan explicaba su drama. Nos seguían tres chicos llenos de tierra, jugueteando entre ellos y cuando miré al rancho, algo alejado, la mujer de Juan, que estaba mirando por la ventana, se ocultó rápidamente tras una raída cortina.

—¿Cuál es la chancha, Juan? Creo que también deberíamos hacer ver al animal.

—Bueno, la chancha también se murió.

—¿Cuándo se murió? Porque me dijeron que usted vino a cobrar por una nueva camada de chanchitos...— pregunté intrigado.

—Y, lo que pasa es que se me murió la chancha, hace un tiempo ya. Vea usted, si no se hubiera muerto, tendría más chanchitos y si éstos hubieran crecido, los podría haber vendido a \$80 o \$120 cada uno, depende del peso, ¿vió? Así que yo estoy reclamando, por lo menos unos \$1.000 más.

—Ahhhh, ¿entonces usted quiere que le paguemos por una chancha virtual?— pregunté con ironía.

—Y... sí... por una chancha virt... eso— contestó el gaucho, quien me sorprendió mucho porque, con todas sus limitaciones, parecía conocer bastante del cálculo del “valor actual de los ingresos futuros” para valuar su modesto negocio. ■